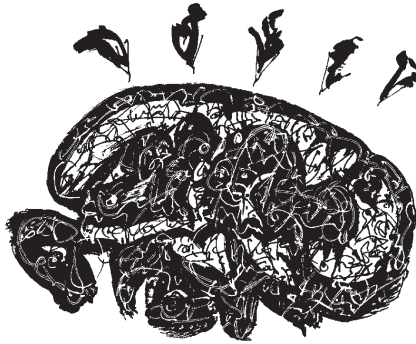

LIMINAR

Tortuga busca tigre

José-Miguel Ullán



EL ALMA: —*Dadme agua.*

EL PECADO: —*El fuego que tengo
con agua se ha de encender.*

Calderón de la Barca

*Et tout à coup ce filet d'eau sur un volcan,
la chute mince et ralentie de l'esprit.*

Antonin Artaud

Je préfère avertir tout de suite que je ne sais pas du tout ce qui constituera le tissu organique de l'article qui va peut-être suivre. Je ne sais pas si les idées qui pourraient de point en point y surgir sous la seule responsabilité du hasard pourront servir ou desservir.

Pierre Reverdy

*Podemos retocar,
pero en definitiva lo que queda
es la forma en que hemos sido
retocados.*

José Lezama Lima



Para sacar lo literario de quicio a coro como a quien se le clava una espina de nada en la gloria al leerla o pierde el epicentro en calma chicha del anecdotario castizo,
 acunable y triunfante éste, ¡ea(cadémico)!, tómase ésa sin segundas, y
 –casi chillando al retratarlo– de asiduidad común y con sentido acorde
 (además: conseguimientos, pipas, sepulcros blanqueados, actualidades),
 y entonces,
 entonces sigue ya por puro vicio, empolvado de tiza verde, con aires de
 tribuno mariguano en anacrónico carnaval, ¿se acuerdan?
 ... tal vez nada mejor todavía que el desorden y el desconcierto en ayunas,
 rompiendo filas, hechos gárgaras encendidas, turbias salpicaduras contra
 los dóciles espejos de cada época,
 correctores de lo de siempre: eso otro,
 más acá o más allá
 (chochocol clignotant)
 ,flamenco puro ,
 en el momento mismo
 y ya,
 te pongas como te pongas / teatro,
 de coagularse
 y derretirse.
 (Asco daría de no ser cierto: no,
 no lo tritura todo.
 Cuesta abajo y en falso, levanta la sospecha su rutinaria cataplasma:
 la proliferación, el sinsentido anfibio; morralla de vanguardia, de todas las
 vanguardias –babea. Y lo que le es reptil, de oro piano y azul papá, se le vuelve soluble al sopesarlo.

Porque lo es. Oígame:

– César Moro?

– ¡y sors.

*Le temps d'ouvrir. Encore
et toujours.)*



Retomar su sombra ondulante por su coriácea realidad. Y, si se deja ahora, hincarle el diente como en carne propia. Con nocturnidad y cuidado. Pero que sí rechine, por lo menos un poco, al sentirse motivo –de deseo y de espanto– y al verse comprendida al mismo tiempo, sin prisa, en la estela ambarina de Eguren: «La mayor belleza sería un movimiento de infinitos espacios, un todo armónico de desarmonías». Sombras de sombras nada más.

¿Palabrería desenfundada? Sí; «langue déliée», limpia de brebaje descendiente, de lametón a normas literarias salidas del prejuicio convenenciero: «Esto impera». Quebradero de ojo con el estilo de cabeza.

Anotar; no expandirse: «Il faut porter ses vices comme un manteau royal, sans hâte».

Anunciaciones. Anuncios. Adherencias. Tientos. Accidentes. Excusas. «Horreur du vide».

Primeras filtraciones; por ejemplo, «mimitos de vendimia» por «des câlineries de septembre». (Para marcar un tope. Aunque no:)

Voz con párpados lácteos: «Nous regardons la rose rouge tourner au blanc». Nuevas filtraciones.

Abordajes, hilvanos: «Cris d'arc au ciel du silence» (jeter les hauts cris - poner el grito en el cielo) / Gritos de arco al cielo del silencio / Al iris del silencio arqueados gritos (Enrique Peña: «Góngora es morado») / («azular y planchar», decidirse:) Aullidos y crujidos de arcoiris - de la boca sellada del cielo.

Otro lugar: idéntica lejanía, de distinta manera entintada. Con Ungaretti, otro exilio, a la vuelta de parecida esquina francesa: «je ne peux m'établir / à chaque nouveau climat je me retrouve une âme d'antan / en étranger je m'en détache / revenu en naissant d'époques trop vécues / jouer une seule minute de vie initiale / je cherche un pays innocent». O, con Martín Adán (otro cantar), «como el ciego que abismándose se guía». Consigo mismo, al fin y al cabo otro y desasido: «Fréquentation de la divine absence».

Párvulas truculencias, que amansa cuando pinta (o cuando barre), para ponerle distancia irónica a ese aliento que se entretiene en comprobar por escrito que, con lo suyo que le es lo ajeno, no existe una salida normal.

Y, por si fuera poco, «la nativa elegancia» a la hora y pico de no justificarse ni a la de dios.

Homosexualidad, ¿a qué aplazarla?, no como condición a secas o aval monotemático, sino como principio apalabrado, húmedo. («Gran vendaval, dispérsame en la lluvia y en la ausencia celeste, dispérsame en el huracán de celajes que arremolina tu paso de centellas por la avenida de los dioses donde termina la Vía Láctea que nace de tu pene.»)

Y nacer de un libro («Ramón, hay que hacer cosas irreparables para huir...»): llamarse antes de ser. Libro pródigo, donde, de una ojeada certera, sea posible raptar a un personaje para que el indeciso raptor, sobrecogido por la acción poética (auprés de la lettre), se resuelva a escribir en su nombre, el del raptado al ser leído, y a soñar con un nuevo libro, el del fondo del pozo sin fondo, que, en esa trayectoria del encuentro cabal entre rigurosos contrarios –sujet trouvé («être un arbre un cri une pierre», entre otras cosas)–, se aventure y se pierda luego, se traspapele en M, cantando a solas. Volar en la lectura. Hundirse en la escritura. Contra viento y marea. Frases hechas al rechinar. Acomodo forzoso a la sombra de duda, que habíamos dejado no sé dónde.

Ahora bien, negativa rotunda a cuajar en apaño, a transformarse en huella intercambiable, funcional y, por supuesto, atildada: –Corrígeme si no. Gratitud del lector, tan hastiado del lelo pulimento –y con mueca chulesca incorporada («¡somos muestrario de otro Siglo de Oro!») en su vertiente más española, la más lejana de Moro– que enmascara de oficio y beneficio, tampoco tanto, una instintiva cobardía si llega el caso, que habitual sería en quien escribe, de tender a girar sin remedio alrededor de todo eso que no termina de pasar,

que es cuando el ojo –errático y, a veces, puro tacto, latido o de eso nada si tal vez queda cursi después del II-S y su secuela belicista– grita lo que la mente acalla, temerosa de sentirse obligada a darle cuerda a aquello mismo que rebasa su propio límite,

cuando lo borroso y disperso, tan nítido en sus trozos, resbala sin parar, araña y acaricia, con perdón del bolero modernista, pero no encuentra nombre o prueba de algún domable pensamiento que lo resuma de un plumazo, que lo identifique con lo real, que es de donde viene o, mejor dicho, que es de donde huye. Contrapoder a todas luces: dicho (ni mejor ni peor) que ni se resigna ni se contenta con su contribución forzosa / «para eso no hemos venido» /, pues siempre anda pendiente de lo otro y de lo de más allá.

Eso,

lo que, de todas formas, no tiene nunca a mano propósito ni enmienda, lo que se funde entre sus propias ramas y debajo del agua; sólo palpable en raras ocasiones, y le suena un montón («hay un sinfín de correspondencias entre la apariencia y mi ojo, ebrio mi corazón hasta la muerte»), bajo el cansino aspecto de otra vuelta a empezar, caiga quien caiga en la cuenta, y a saber cómo todavía, una vez más y para qué. Pavadas.

Para toparse acaso con la buena suerte de Abū Ayyūb al-Misrī al observar en sueños que el mosquito cantaba de atardecida a fin de que la pulga, ombligo de peonza, se lanzara a bailar.

Lo posesivo, en claro: rumorear la imagen, como quien saborea un confite agridulce, de lo que en este caso, al trotecillo y con su doble lenguaje («real y real»), se nos ofrece así: una danza de nombres estampados sobre la punta de la lengua. No perderlos de vista, aun habiéndolos dado por perdidos antes de resonar en el verde borroso del cubilete imaginario.

Y César Moro, de natural fiel a lo que nunca va a serlo, no se priva de otorgarle al sonido de las cosas su discurrir real: un desfile de sobresaltos y un continuo desasosiego entre palabras candorosamente empeñadas en atrapar la imagen personal del caos, lo inapresable, por no decir todo, de cada desnortado instante.

Caza a borbotones. Por inmersión.

Asimismo, júbilo agónico. Donde la realidad se esfuma a medida que la llamamos por su nombre (¿delirio?) no para poetizarla, sino para sentir con ella el vértigo de la no pertenencia a un hilo estable, el del engaño al convocar la voz para ponerle de salida mordaza –el orden y el concierto– a lo que no la tiene. Se rompe la baraja. Y las figuras, de estricta claridad, aparecen y desaparecen fragmentadas, anudadas a las ondulaciones del canto y al ritmo de un fluir espasmódico.

Sacudidas. No demasiado ajenas a las de Vallejo, en contra de lo que ambos se imaginan: «y todo lo vivido / se empoza, como charco de culpa, en la mirada».

Y detenerse así,

porque esto que se anota o corre al lado

ni se habla ni se escribe, aunque ha de ser materia de un mismo propósito, transportable a una foto sin marco, de aquella época con tantísimos marcos, donde podemos ver al mesurado Francis Jammes recitando sin pizca de rubor, e incluso entre ademanes envolventes, los versos que obtenían asentimiento, de abajo a arriba, en todas las cabezas de todas las tortugas escamadas de rancias cercanías: «Je veux voir, je veux voir / Au-delà de mes yeux». (Era un respiro.) Al dorso de la fotografía, el himno sacrosanto de Péret: «Et patati et patata / Et tapati et tapata / Et patiti et patoto / Et titipa et totopa / Et pititi et pototo / Et titipi et totopo / Ah!»

A

nada obliga: la boca se hace agua.

Así, pues, las tortugas...

De pisapapeles:

como la tortuga Cleopatra, al servicio del Conde de Lemos.

Que sean ellos, hechos de ellas, los que pongan de bulto, al menos de cabeza y extremidades, lo híbrido y deleznable de esa escritura aún fresca sobre la que se asientan, protegiéndola al asociarla enseguida con el poeta y pintor César Moro,

*que va y se toma, literalmente, por tortuga
a cada qué nombrar, a trompicones.*

Pisapapeles ecuestres.

*El de Tablada, recién regado: «vieja tortuga que por ley / de los siglos
llevara al fin / en su carapacho un jardín / como una isla de carey».*

El de Apollinaire, decorado por Raoul Dufy: «Du Thrace magique, ô délire! / Mes doigts sûrs font sonner la lyre. / Les animaux passent aux sons / De ma tortue, de mes chansons». (Y, en pertinente celofán y en cursiva, con la otra mano precisa: «Orphée était natif de la Thrace. Ce sublime poète jouait d'une lyre que Mercure lui avait donnée. Elle était composée d'une carapace de tortue, de cuir collé à l'entour, de deux branches, d'un cheval et de cordes faites avec des boyaux de brebis. Mercure donna également de ces lyres à Apollon et à Amphion. Quand Orphée jouait en chantant, les animaux sauvages eux-mêmes venaient écouter son cantique. Orphée inventa toutes les sciences, tous les arts. Fondé dans la magie, il connut l'avenir et prédit chrétiennement l'avènement du SAUVEUR». (Sálvese quien deba. Moro, que escupir suele cuando suena el Ángelus, es posible que juzgue esta oración final como más propia de Juan Larrea.)

En catarata,

el de Valdelomar, que descondado se fijaba y mucho en el prometedor advenimiento, talón de aquí, de un «militarismo elegante» [sic]. Pisapapeles raro, situado encima de un gran batiburrillo de proyectos de libros inéditos a perpetuidad. Entre ellos, y sin que el opio dificulte su hallazgo, el titulado El alma de las tortugas. En el año 1915, al explayarse para nuestro deleite sobre aquello que en tal libro diría o dice, dice de ellas de todo. De la suya en concreto, «menuda como un bollo» y traída por su hermano «de las montañas

vírgenes de Madre de Dios», que a exclamación madura sabe, opina que «es indiferente, nada frívola y tiene la virtud de ser agradecida. Cuando entre un cigarro y otro, delante del escritorio, me meto el pulgar en el bolsillo y con la diestra le acaricio la panza, me mira con silencio y con ternura». Y añade todo esto (que intentaremos condensar en siete y sin comillas para que quepa cómoda la apropiación debida), por fin, acerca de las otras tortugas:

1 - Puede vivir 500 años y tener mil hijos. Es legendaria. Fidas, el inmortal artista heleno, esculpió a Juno, la diosa de los casamientos, sentada sobre una tortuga. Es ambigua como un editorial de periódicos. Lo mismo vive en el agua que en la tierra, lo mismo nada que camina. Es ovípara y sus huevos mezclados con ámbar son afrodisíacos. Su concha da el carey, su cuerpo, de las «siete carnes», sus despojos tienen los más opuestos destinos: el carey luce en la cabellera de la dama, su aceite cura las heridas, sus uñas sirven para hacer maleficios, su carne para preparar la sopa. Los yanquis la llaman con dulzura sibarita: el cerdo del océano. Las crían en grandes estanques, se encariñan con ellas, llegan a encontrarlas hasta distinguidas y luego se las comen. Esto en cuanto a lo físico.

2 - Moralmente, la tortuga es un Sancho centenario. Cobarde, jamás tiene rebeldías. Toda su gran tragedia consiste en haber caído en la red del pescador. Se pasa la vida paladeando una venganza y siempre muere antes de cumplirla. Es el espíritu más entristecido de todos los animales, inclusive el hombre. Su historia es una serie interminable de dolores, injusticias, tiranías y crueldades.

3 - En el lago de Chegas las cortan la piel y las dejan vivir para que vuelva a crecerles. Así la industria aprovecha su dolor varias veces y cada concha equivale a 10 meses de tortura. / En Java las sacan con perros salvajes, como hacían los españoles con los indios de Panamá. En algunas regiones de aquel archipiélago, los pescadores cogen mayor número del que pueden transportar, las vuelcan panza arriba y, por no darse el trabajo de volver a su posición natural a las excedentes, las abandonan. Como las tortugas no pueden volcarse a voluntad, mueren lenta y horriblemente de hambre y de consunción. / En Ceilán las venden a pedazos porque los marchantes quieren siempre la carne fresca y, como el corazón es lo menos agradable de la tortuga, las infelices viven días sucesivos siguiendo consecuentes mutilaciones hasta que un comprador adquiere el corazón. Entonces muere.

4 - En cuanto a la red, es para ellas visión trágica cotidiana, el más terrible enemigo vigilante. Nada es capaz de comoverlas. Son más austeras que el hombre.

5 - Miran con desdén el esfuerzo de los otros animales. Al crepúsculo se tornan sentimentales y añoran la lejanía del mar que tan cerca ruge, derramando lágrimas desconsoladoras, pero no se mueven ni intentan fugir. / Ni el

hambre, ni el dolor, ni el mar son capaces de inducir las al movimiento. / Egoístas y filosóficas, morales y ordenadas, nunca dan motivo de queja. No hay tradición de que una tortuga se haya suicidado y no la hay tampoco de que haya sido infeliz.

6 - *Resisten encima un hombre.*

7 - *Yo admiro el gesto trágico de mademoiselle La Virent, de la corte de Luis XIV, que dispuso que colocaran en su ataúd una pequeña tortuga viva. Exhumado un siglo después el cadáver de la bella criatura, se encontró, en el sitio de su corazón, la pequeña concha del animal.*

En cambio, César Moro implanta repentina cabriola y cree que el hecho de ser tortuga le obliga a retener tan sólo, de todo ese vaivén de lo inmóvil, aquello que surgió al verlo así, tortugoso: «El incesto representado por un señor de levita». Acaso porque antes, antes de salir de un libro y volverse tortuga para así desmentir lo consabido desde hace un rato, puso mucha atención («cuando la vi cuando la ví cuando la vida», le decía su amigo Villaurrutia) en recoger eso que queda siempre oculto mientras alguien se aclara:

LÁGRIMAS DE TORTUGA

*Con un ojo pintado 7 carnes 7
De octubre hastió con un ojo abierto
Y encima
Un hombre silba con su cetro rasguña
Nuestros despojos tienen
Muy precarios y pálidos destinos
A contraluz España o Java tanto
Da cuando paladea
La industria de la red una venganza
Sacarle varias veces provecho
A nuestro padecer (carey carey
Para la cabellera de la dama
Con mantilla del Opus Dei)
Anda
Baja y apaña el humo de la bahía
Cada concha equivale a unos 10 meses
De tortura de huelga de hambre de
Epiléptica consunción*

*En el momento oleoso
 De abrir fuego los pájaros
 Porque ya no creemos
 En el infierno de la voluntad ostensible
 Vivimos días sucesivos
 Sufriendo consecuentes mutila- tais-
 Toi*

Pisapapeles retrospectivo, juvenil aunque anónimo, debajo del cedazo de la mirada ida. Humores corporales.

Pisapapeles

caja-de-música oaxaqueña, desafiando al marino con fin: «Ay, tortugitas del arenal, / para traer, para llevar. / Vivi gugüini tan sicarum / maru- sin pañaca me que tapun». (Por atún y a ver al duque, sueña Gilberto Owen con «remolcadores como tortugas, / bajo el puente de Brooklyn» y Lezama, en su hamaca mamita linda, con una deliciosa o eucarística tortuga: «Penetraba en la oscuridad progresiva con un tono de voz hecho por las divinidades enemigas para aislar el pensamiento de la voz, y ésta a su vez de toda extensión oscura».)

Pisapapeles chino, lapidario: gui : [kuei] = tortuga, coño.

Pisapapeles Proust: para Moro, su estilo (¿tortuoso?) tiene, claro está: «superándolo, mil puntos de contacto con el procedimiento de la bomba atómica».

Pisapapeles, ay, donde la Déjanire otoñal de Gustave Moreau, forma blanca, es visitada de anochecida por Giorgico de Chirico disfrazado de centauro.

Pisapapeles clásico

de Augusto Monterroso: «Por fin, según el cable, la semana pasada la Tortuga llegó a la meta. / En rueda de prensa declaró modestamente que siempre temió perder, pues su contricante le pisó todo el tiempo los talones. / En efecto, una diezmiltrillonésima de segundo después, como una flecha y maldiciendo a Zenón de Elea, llegó Aquiles».

Pisapapeles mudo,

el de Oquendo de Amat, oruga de la nieve, con sus 10 minutos de intermedio en sus 5 metros de poemas: en frío y breve, doble fugaz. Conjuro.

Pisapapeles del libertinaje

sigiloso, el del propio Moro. Pues sólo una tortuga puede atreverse a este tipo de profecías, fanfarronas si bien cumplidas, a rajatabla, hasta el presente: «De 61 a 65 años / no moriré yo de pulmonía». (Por cada o de Moro se siente la corriente de aire [«soplasorbos», Girondo], que es vivir de milagro en Japón; lo otro, que empuja y encadena, está ahí para rechinar.) Axilas, islas, alas. Pereza. Total, para toparse, al desvivir, con «el misterio de lo evidente». Y, a renglón seguido, para no sucumbir a lo excelso ni a lo lastimero, lo deja reducido a su más mínima expresión de ambiente: «Lo único evidente es que la sede del tango está en Buenos Aires irradiando sobre la producción poética continental». O alivia la tensión de Valéry: «Ô cimérien plafond». Glacial relámpago en lo puntual. Hecho a ser de la orilla, al par que de la tinta y del papel. Y es que a nadie le cuadra mejor que a Moro, en firme, eso de «estar a caballo entre». Con el decoro de la gratuidad persuasiva, no esperando nada a cambio de lo uno ni de lo otro, salvo que siga, que siga ese fluir en catarata de palabras urdidas y deletreadas por sus contrarias. (Gruñe Andrés Bello: «¡Orgías de la imaginación!») Pero lo extraño es que, en mitad de ese desbarajuste multicolor, receptivo al vértigo y al verde sinvivir del surrealismo, César Moro deslice una especie de desajuste radical, no escrito, que nos empuja a tropezar junto a él y al mismo tiempo. Sí, aquí todo se mueve por natural impulso (de ahí la imagen de un fondo repentino), pero, cosa admirable, con una lentitud pasmosa, obsesiva, comprobándonos de continuo en lo que nos precede a cada resbalón. Un contratiempo tras otro, por más que lo sepamos de memoria, sin que ningún fragmento líquido consiga detenerse, arrastrado como es de cuajo por todos los restantes y, para colmo, con extrema urgencia. Cada cual por su cuenta: continuo proseguir. (Dormir el ver. Despertadores: el amor, la poesía. La intranquilidad. El único sentido con surtidor: ser o no devorado por lo escrito, quemado vivo.)

Pisapapeles de prolongaciones, de afinidades autónomas:

Westphalen, Eielson, Sologuren, Varela, Belli...

(Releer como línea de conducta, como línea de un verso de respuesta también.)

Pisapapeles de Walter Benjamin,

cuando evoca que, hacia 1840, fue de buen tono, mas no por largo tiempo, sacar a las tortugas de paseo por soportales y jardines públicos. Y añade: «El flâneur dejaba de buen grado que éstas le prescribiesen su tempo.»

El triunfo de un instante perdido, pisoteado.

El que se espera de lo que no quisiéramos perdernos por nada del mundo. (Como cuando Agustín Lazo suelta un caballo en uno de sus cuadros para que se interrumpa un fusilamiento.)

El zarpazo de la terrible simetría.

(Exclamación y pregunta en William Blake: «Tyger! Tyger! burning bright / In the forests of the night, / What immortal hand or eye / Could frame thy fearful symmetry?»)

Y en esto que, de una caja-de-música andaluza, llega la voz de Lola Flores, ajena a Wagner: «Yo lo que quiero / es que me coma el tigre, / que me coma el tigre, / que me coma el tigre / mis carnes morenas...»

Todo obliga: hirviendo de evidencia, la boca se hizo agua. Como si...



«Si lent lot l'îlot / danse mu en écume»...

Chapoteo en la sombra (sin abandonar nunca «l'ombre pour la proie»). Frases que se recortan. Algas que se adhieren. «La vie une flaque l'eau». Tormentas, tempestades, torrentes fúnebres. «Toujours l'eau dans sa rumeur idéale».

Collage sobre collage.

Metamorfosis de lo melancólico. Con candor que convence y, aun partiendo de cero a cada instante, gota a gota, con sereno escarmiento de lejanías. Finura y persistencia. Manantial de equívocos. Sobresaltado hastío. Soledad compacta, empapada de lleno en lo disperso y en soñar a deshora con lo salvaje.

Décollage.

Recuerdos de primeros recuerdos de primera lectura.

El regodeo aquel en la demora. Pero ¿a cargo de quién? Parecía que del propio fluir, de su naturaleza impropia. De algo que siente ganas de quedarse ahí a cada dos por tres, de ser un signo más a nuestra imagen, ya aquejada de lentitud de por sí, goloseándose en el reflejo.

Y, sobre todo, aquella acumulación apasionada de irrestañables datos «para calcular la velocidad del crecimiento de las uñas en los tigres jóvenes».

Frases que se recortan. «Langage de ventouse». «Río majestuoso». Enigmas. Premoniciones, vestigios y presencias de continuos fluidos.

Romper aguas: rescatar una hoja, manuscrita con tinta azul ya pálida y a trechos invisible, perdida desde antaño entre las páginas de La tortuga ecuestre.

Poesía en clave líquida:

• la saliva larguísima • el tornasol violento de la saliva • los paisajes de la saliva y con cañones de plumafuentes • con tu saliva de fluido magnético • racimos ácidos y variables de saliva • escupen su miseria • y escupe fuego y lava y sombra y humo • esponja diurna a medida que el mar escupe • la boca del tigre que en las mañanas escupe para hacer el día • escupo cuando se aproxima el Ángelus • hasta tus labios de bestia • las cataratas de tu aliento • tu aliento es como la mejor mañana fresca de olor de aves y de mar • la escala de tu aliento de fuente y de montaña nevada • con tu aliento de piedra húmeda • con tu lengua de helecho • soplo de elefante sobre un muro de piedra fina • lenguas de petróleo • tus palabras de avenida fluvial • lamer las horas • levanta géiseres de estrellas enloquecidas que buscan su origen en tu boca • la creciente del Nilo • cabellera bajo el agua azul • la mirada del agua • el agua lenta • el agua telefónica • un ánfora desnuda hiende el agua • acuario encerrando planetas y caudas • torres de sangre y de hielo • las venas y el recorrido intenso de tu sangre • enredadera de tu sangre • la sangre más caliente del día • beber la sangre lentamente • el barro de mi sangre • el mar que navegaste • a flote • para sembrar el mar de luces moribundas • y me sumerges en el mar fosforescente • altas mareas • nácar enfangado • un barco sobre el mar • a mil pies bajo el mar • la pimienta salpica el mar desharrapado • y las adorables tortugas como soles poblando el mar • la ola que borra las centellas • tu frente asaltada por las olas • y crezcan ojos en las playas • peces libres • corales dementes-precoces • medusas • el gran espacio navegable • naufragio • como una piedra en una isla que se hunde • las algas nómadas y las que fijas soportan el oleaje • olas ninfómanas • caracolas de espuma de cerveza • heno fresco • piel fresca • fresca sombrilla • el rocío guarda tu cuerpo • tu vientre de aluvión • el estupor de vaho de cristal • ventana de oleaje • ventana de espuma y de sombra • un baño y su bañera rota por el rayo • para mejor mojar las plumas de las aves • con la humareda de los torrentes que pasan • bañando tus ojos y el rostro de lava verde • senos opulentos bañados de miel • bailarinas hirvientes • estatua de fango purísimo • tu

cuerpo moreno como una catarata • témpanos coronados de osos polares flameantes • castillo de nieve • bosque de nieve eterna • estanque subterráneo • el estanque dormido • la espuma de la rabia del sol anocheciendo en el beso negro de la histeria • una lechería de apariencia modesta • tus piernas de millones de lágrimas petrificadas • las lágrimas eternas de los cocodrilos • el veneno en copa de plata • vejiga • desagüe • río • nubes • niebla • verter • disolver • llueve algodón arroz agua cebolla • lluvia de diarios de suicidios húmedos • cae esta lluvia de muy alto • el alcohol que brota de tus ojos en clave de lluvia • el olor de la lluvia es cierto • la lluvia te hace nacer • bajo la lluvia de tu sangre • el amor de anillos de lluvia • dispérsame en la lluvia • lluvias intermitentes • el viento glacial dispersando la lluvia • sobre la almohada húmeda de lluvia en el bosque desnudo • entre bramidos de tigres y lágrimas • teñir de hielo •

Exento, no apoyado en el codo de lo sólido, he ahí, al fin, el aguazoso pisapapeles para el libro ejemplar, ya abierto, del necesario César Moro –escrito sobre el agua no pasada, a punto de caer en remolino–, cómplice si no autor de este anuncio que encierra una poética:

TORTUGA BUSCA TIGRE

Aviso reptilíneo a quien leyere (leer / remar) sólo a partir de aquí.